

Primera parte En misión

Antes de relatar uno de los más horribles episodios de mi viaje a Extremo Oriente, quizás sea interesante que explique brevemente en qué condiciones me vi llevado a emprenderlo. Es una página de historia contemporánea.

A quienes pudiese parecerle extraño el anonimato que, en lo que a mí respecta, he querido guardar celosamente a lo largo de este verídico y doloroso relato, les diré: «¡Poco importa mi nombre!... Es el nombre de alguien que ha hecho mucho daño a los demás y también a sí mismo, más aún a sí mismo que a los demás, y que, después de los muchos sufrimientos que le valió el haber descendido un día hasta lo más hondo de los deseos humanos, intenta regenerar su alma en la soledad y en la oscuridad. ¡Paz a las cenizas de su pecado!»

I

Hace doce años, sin saber ya qué hacer, y condenado por una serie de desgracias a la dura necesidad de ahorcarme o

de tirarme al Sena, me presenté a las elecciones legislativas —último recurso— en un departamento en el que, por otra parte, no conocía a nadie y en el que nunca había puesto los pies.

Es cierto que mi candidatura gozaba del apoyo oficioso del Gobierno, que, como tampoco sabía ya qué hacer conmigo, encontraba así una ingeniosa y delicada manera de librarse, de una vez por todas, de mis cotidianas e importunas solicitudes.

Con tal motivo, tuve con el ministro, que era amigo mío y ex compañero de colegio, una entrevista solemne y familiar a la vez.

—Ya ves lo buenos que somos contigo... —me dijo ese poderoso, ese generoso amigo—. Apenas acabamos de sacarte de entre las garras de la justicia, cosa que nos costó mucho, y ya vamos a hacer de ti un diputado.

—Todavía no tengo el nombramiento... —dije con voz malhumorada.

—¡Puede ser!..., pero llevas todas las de ganar... Inteligente, de presencia seductora, pródigo, buen chico cuando quieres serlo, posees el don soberano de caer bien... Los hombres que conquistan a las mujeres, mi querido amigo, son siempre hombres que conquistan a la multitud... Respondo por ti... Se trata de entender bien la situación..., que, por otra parte, es muy sencilla...

Y me hizo estas recomendaciones:

—Sobre todo, ¡nada de política!... No te comprometas a nada..., no te embales... En la circunscripción que he elegido para ti hay una cuestión que domina a todas las demás: la remolacha... Lo demás no importa y de ello se ocupa el prefecto ... Tú eres un candidato puramente agrícola..., más aún, exclusivamente remolachero... No vayas a olvidarlo... Pase lo que pase durante la lucha, mantente inmovible en esa excelente plataforma ... ¿Sabes algo de remolachas?...

—¡La verdad que no! —le respondí—. Lo único que sé, como todo el mundo, es que de ella se saca azúcar... y alcohol.

—¡Bravo!, con eso basta —aplaudió el ministro con tranquilizadora y cordial autoridad—. Actúa resueltamente con esos datos en la mano... Promete rendimientos fabulosos..., abonos químicos extraordinarios y gratuitos..., ferrocarriles, canales, carreteras para la circulación de esa interesante y patriótica hortaliza... Anuncia desgravaciones de impuestos, primas para los agricultores, tasas feroces sobre las materias competidoras..., ¡todo lo que quieras!... En ese orden de cosas tienes carta blanca y yo te ayudaré... Pero no te enredes en polémicas personales o generales que podrían resultar peligrosas para ti y comprometer, junto con tu elección, el prestigio de la República... Ya que, dicho sea entre nosotros, mi querido amigo —no te reprocho nada, sólo constato—, tienes un pasado más bien embarazoso...

Yo no estaba para bromas... Molesto por esa reflexión, que me pareció inútil y descortés, repliqué vivamente, mirando a la cara a mi amigo, que pudo leer en mis ojos todas las amenazas precisas y frías que había acumulado en ellos:

— Con más razón podrías decir: «tenemos un pasado»... Me parece que el tuyo, compañero, no tiene nada que envidiarle al mío...

—¡Ah, yo!... —dijo el ministro, con aire de superior desapego y de cómoda despreocupación—. Yo..., no es lo mismo... Yo..., amiguito..., tengo las espaldas cubiertas... ¡por Francia!

Y volviendo al tema de mi elección, añadió:

—Entonces, resumiendo... ¡Remolacha, remolacha, y más remolacha!... Ése es tu programa... Procura no salirte de él.

Luego, discretamente, me entregó algunos fondos y me deseó buena suerte.

Seguí fielmente el programa que me trazó mi poderoso amigo, y me equivoqué... No me eligieron. La aplastante mayoría que obtuvo mi adversario se la atribuyo, dejando

de lado ciertas maniobras desleales, al hecho de que aquel demonio de hombre era más ignorante aún que yo y de una ruindad más notoria.

Constatemos, de paso, que una ruindad bien ostentada, en los tiempos que corren, vale por todas las virtudes juntas, y que, cuanto más infame es un hombre, más fuerza intelectual y más valor moral están todos dispuestos a reconocerle.

Mi adversario, que es en la actualidad una de las celebridades menos discutibles de la política, había robado en muchas circunstancias de su vida. Y su superioridad procedía del hecho de que, lejos de ocultarlo, se jactaba de ello con el más indignante cinismo.

—He robado..., he robado... —proclamaba por las calles de los pueblos, en las plazas de las ciudades, a lo largo de los caminos, por los campos...

—He robado..., he robado... —publicaba en sus profesiones de fe, carteles murales y circulares confidenciales...

Y en las tabernas, encaramados en toneles, sus agentes, empachados de vino y congestionados por el aguardiente, repetían, trompeteaban estas palabras mágicas:

—Ha robado..., ha robado...

Maravilladas, las laboriosas poblaciones de las ciudades, así como las animosas poblaciones del campo, aclamaban a ese hombre intrépido con un frenesí que iba creciendo, día a día, en razón directa del frenesí de sus confesiones.

¿Cómo podía yo luchar contra semejante rival, que contaba con semejante hoja de servicios, yo que, por entonces, sólo tenía sobre la conciencia, y los disimulaba púdicamente, algunos menudos pecadillos de juventud, como robos domésticos, dinero que le había sacado a mis amantes, trampas en el juego, chantajes, anónimos, delaciones y falsificaciones?... ¡Oh, candor de la ignorante juventud!

Una noche, incluso, en el curso de una reunión pública, casi me matan a golpes unos electores que se pusieron furiosos porque, ante las escandalosas declaraciones de mi adversario, reivindicué, junto con la supremacía de las remolachas,

el derecho a la virtud, a la moral, a la probidad, y proclamé la necesidad de limpiar la República de las basuras individuales que la deshonoraban. Se abalanzaron sobre mí; me agarraron del cuello; se pasaron de mano en mano mi persona, en vilo y zarandeada como si se tratara de un paquete... Felizmente, pude salir de ese raptó de elocuencia con tan solo un moretón en la mejilla, tres costillas magulladas y seis dientes partidos...

Fue todo lo que saqué de aquella desastrosa aventura a la que me llevó, tan desafortunadamente, la protección de un ministro que decía ser mi amigo.

Me sentía indignado.

Tanto más derecho tenía a sentirme indignado cuanto que, de golpe, en medio del fragor de la batalla, el gobierno me abandonó, me dejó sin apoyo, con mi remolacha tan sólo como amuleto, para entenderse con mi adversario y negociar con él.

El prefecto, muy humilde al principio, no tardó en volverse muy insolente; más tarde me negó informaciones útiles para mi elección; al final me cerró, o casi, la puerta. El propio ministro ya no contestaba a mis cartas, no me concedía nada de lo que le pedía, y los diarios adictos dirigían contra mí ataques solapados y penosas alusiones, envolviéndolo todo en una prosa educada y florida. No llegaban a declararme oficialmente la guerra, pero estaba claro para todo el mundo que me dejaban de lado... ¡Ah, estoy seguro de que nunca entró tanta hiel en el alma de un hombre!

De regreso a París, firmemente resuelto a armar un escándalo, aun a riesgo de perderlo todo, le exigí explicaciones al ministro, el que, ante mi actitud, se volvió en el acto complaciente y conciliador...

—Mi querido amigo —me dijo—, lamento tanto lo que te ocurre... ¡Palabra de honor!... Ya ves lo apenado que estoy. Pero, ¿qué podía hacer yo?... No estoy solo en el Gobierno... y ...

—¡Sólo te conozco a ti! —lo interrumpí violentamente, haciendo saltar una pila de legajos que estaba en su escritorio

al alcance de la mano—. Los demás no me conciernen... Los demás no son asunto mío... Para mí sólo cuentas tú... Me has traicionado, ¡es una infamia!...

—Pero, ¡qué diablos!... ¡Óyeme un poco, por favor! —suplicó el ministro—. Y no te pongas así de furioso, antes de saber...

—Sólo sé una cosa y con eso me basta. Me has tomado el pelo... Pues bien, ¡no y no! Las cosas no sucederán como tú te crees... Ahora me toca a mí.

Yo iba de un lado a otro por el despacho, profiriendo amenazas, dando golpes en las sillas...

—¡Ah, me has tomado el pelo!... Muy bien, entonces vamos a reírnos un poco... El país sabrá, por fin, lo que es un ministro... Aun a riesgo de envenenarlo, voy a mostrarle al país, abierta de par en par, el alma de un ministro... ¡Imbécil!... ¿No te has dado cuenta todavía de que te tengo en mis manos, a ti, tu fortuna, tus secretos, tu cartera?... ¡Ah!, ¿mi pasado te resulta molesto?... ¿Les resulta molesto a tu pudor y al de Marianne⁸?... Espera un poco, entonces... Mañana, sí, mañana se sabrá todo...

La rabia me ahogaba. El ministro trató de calmarme, me cogió del brazo, me llevó suavemente hacia el sillón del que yo acababa de levantarme de un salto...

—¡Pero cállate de una vez! —me dijo, dándole a su voz un tono de súplica—. ¡Te ruego que me escuches!... ¡Siéntate, vamos!... ¡Qué demonio de hombre, que no quiere entender razones! Mira, esto es lo que ha ocurrido...

Rápidamente, con frases breves, entrecortadas, temblorosas, soltó:

—No conocíamos a tu adversario... Ha revelado ser un hombre muy fuerte en la lucha..., ¡un auténtico hombre

⁸ La unión de los dos nombres de mujer más populares en el momento en que estalló la Revolución Francesa, *Marie* y *Anne*, ha pasado a designar la figura alegórica de la República Francesa, que muestra el busto de una muchacha tocada con gorro frigio.

de Estado!... Ya sabes lo restringido que es el personal en condiciones de aspirar al cargo de ministro... Aunque son siempre los mismos los que vuelven, necesitamos mostrarles a la Cámara y al país, de vez en cuando, una cara nueva... Ahora bien, no tenemos ninguna... ¿Conoces alguna tú?... Pues bien, pensamos que tu competidor podía ser una de esas caras... Reúne todas las cualidades que debe tener un ministro provisional, un ministro de crisis... En fin, como estaba a buen precio y la entrega era inmediata, ¿me entiendes?... Es molesto para ti, lo reconozco... Pero los intereses del país, en primer lugar...

—No me vengas con chistes... Aquí no estamos en la Cámara... No se trata de los intereses del país, que te importan un rábano, y a mí también... Se trata de mí... Ahora bien, gracias a ti me he quedado en la calle. Anoche el cajero de mi garito me negó, de modo insolente, cinco francos... Mis acreedores, que confiaban en mi éxito, están furiosos con mi fracaso y me persiguen como a una liebre... Me van a embargar todo... Hoy no tengo ni para cenar... ¿Y tú te imaginas, tranquilamente, que esto puede quedar así?... ¿Te has vuelto idiota, acaso..., tan idiota como un miembro de tu mayoría?

El ministro sonreía. Me dio unos golpecitos en las rodillas, con familiaridad, y me dijo:

—Estoy muy dispuesto, pero tú no me dejas hablar, muy dispuesto a otorgarte una compensación...

—¡Una re-pa-ra-ción!

—¡Está bien, una reparación!

—¿Total?

—¡Total!... Vuelve a verme dentro de unos días... Ya estaré, sin duda, en condiciones de ofrecértela. Mientras tanto, aquí tienes cien luisas... Es todo lo que me queda de los fondos secretos...

Añadió amablemente, con alegría cordial:

—Media docena de mocetones como tú..., ¡y adiós presupuesto!...

Aquella liberalidad, que yo no preveía tan importante, tuvo el poder de calmarme instantáneamente los nervios... Me metí en el bolsillo —mientras seguía protestando, sin embargo, porque no quería mostrarme desarmado ni satisfecho— los dos billetes que, sonriendo, me tendía mi amigo..., y me retiré dignamente...

Los tres días siguientes los pasé sumido en el más bajo libertinaje...